

## Carta del Director

Este año, nuestro Instituto de Historia cumple 50 años.

No son pocos, en un país inestable, en el que a veces los hombres perduran más que las instituciones, o éstas solo mientras viven sus fundadores. La continuidad muchas veces se transforma en una ilusión

Nacido en el ámbito de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Católica Argentina, en la década del sesenta, sobrevivió –casi diríamos milagrosamente- a las disensiones y debates que llevaron a la disolución de esa casa de altos estudios. ¿Los hombres no estuvieron a la altura de las circunstancias? ¿Los superaron acontecimientos que no pudieron prever? ¿La única solución posible era la disolución?

Lo cierto es que un pequeño grupo de profesores, a la cabeza de los cuales estaba el Miguel Ángel De Marco (el profesor por antonomasia), acompañado Oscar Luis Ensinck y el Pbro. Américo Tonda, constituyeron el núcleo fundamental que impulsó la continuación, encontrando en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, una acogida a la medida de sus deseos de proseguir.

La actividad permanente se materializó en la creación de la revista –RES GESTA-, en la recepción de legados documentales –personales e institucionales- que constituyeron diversos fondos de su archivo, las colecciones de objetos históricos y la continua ampliación de su biblioteca. Sobró empuje suficiente, para años después, iniciar el cursado de la carrera (profesorado, licenciatura y doctorado), con numerosas promociones.

Y nuevamente otra crisis, y el cierre de la carrera, años aciagos en los que parecía que la idea naufragaba definitivamente. Más que nada, porque en sus miembros dispersos había quedado el sabor amargo de una historia repetida. Las viejas preguntas se volvían a surgir con la desazón de una historia que parecía repetirse.

Sin embargo, el Instituto continuó con su labor. Hemos mantenido y transmitido los valores que se recibieron: una firme adhesión a una visión de la historia comprometida con la búsqueda incansable de la verdad, a partir de la investigación rigurosa, pero con una suficiente amplitud de criterio para pensar que no todo quedó en los documentos, y que la labor del historiador es urdir el revés de la trama, visibilizar a los que no tenían voz, interpretar los acontecimientos y reconocer los procesos históricos a través de las historias individuales, únicas e irrepetibles. No ha sido fácil, ni para propios ni para extraños. Ser parte de una universidad católica presupone, además, en muchos enfrentar en muchos el prejuicio que la adscripción a una cosmovisión lleva necesariamente a descartar las otras, a desechar la posibilidad de diálogo, y en todo caso, que no es el ámbito más adecuado para el pluralismo.

Hace unos años, el Instituto se constituyó en un Nodo del Conicet. Se institucionalizaba así, las dos vertientes que han configurado el grupo humano del Instituto: los investigadores del CONICET y los que dedicados a otra actividad principal (la docencia universitaria, o secundaria, la judicatura o la profesión liberal), eran de hecho investigadores *part time*, con una alta especialidad en alguna temática, particularmente en la historia del derecho, explicable por su inserción en una Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.

Y así se han concretado diversos proyectos: reuniones científicas, en particular las Jornadas de Avances de Investigación, de realización bi-anual (este año en su sexta edición); el Postítulo en Enseñanza de la Historia, y la labor particular de cada uno de sus miembros en otras universidades nacionales y extranjeras, en sus publicaciones e intensa vida académica. Y otros en curso, como la historia misma de las humanidades de la UCA en Rosario.

Visto el camino recorrido, no puede dejarse de advertir algunos elementos fundamentales que han resultado verdaderamente providenciales: la tenacidad de sus miembros, que invariablemente se han reunido en forma mensual, desde hace tanto tiempo, con absoluta regularidad, la calidad intelectual de su producción, que han mantenido a lo largo del tiempo, sumando a los historiadores ya formados, nuevos miembros que han establecido un diálogo inter-generacional fecundo y creativo. Y por último, la clara aceptación de nuestros diferentes ámbitos propios de trabajo (amplios y variados), que nos permiten sin embargo encontrarnos en el gozo compartido de la amistad y el trabajo intelectual.

Y de eso se trata: de seguir compartiendo la tarea que nos apasiona, en un ámbito que la estimule cada vez más.

Dr. Luis María Caterina